

De Herodes a Pilatos

Hemos seguido con algún interés la pequeña escaramuza del excelentísimo señor duque del Infantado—un Arteaga, o sea Encina—, grande de la España chica, etc., etc., a propósito del «populacho» y la «chusma encanallada», y si lo dijo o no lo dijo, con Joaquín Dicenta en *El Liberal* de Madrid. Y veamos las palabras del señor grande en chica de la sesión del Senado del 22 de junio. Decían:

«... pero no sería ciertamente ni lo más gallardo ni lo más noble callar ahora y abstenerse después en la votación, bajo pretexto de no considerarse debidamente enterado del asunto. Eso sería una cobardía cívica, cobardía de que conocemos ejemplos en la Historia, pues hace veinte siglos que también fué pedida por un «populacho» engañado la condena de un reo, y cuando repitió muchas veces la voz de «crucifijo», el juez, creyéndole inocente, se lavó las manos y entregó al reo para que administrase justicia quien no debía. Ese juez, de execrable memoria, se llamó Pilatos. (*Fuertes rumores.*)»

El señor duque nos parece que no está muy fuerte en historia evangélica, y no sabemos si será uno de esos—duques o no—que están sustituyendo la cruz por el sagrado corazón de la Compañía de Jesús; mas en todo caso diríase que sus nociones de la historia del Cristo proceden, más que de los Evangelios, de una cualquiera de esas «Vidas de nuestro señor Jesucristo» que para uso de los «ignorantes» (véase el Catecismo del padre Astete, S. J.) escriben los doctores que tiene la santa madre Iglesia, como una que publicó no hace mucho uno de esos padrecitos corazoneros y proveedores de ortodoxia para grandes en chica.

Si el señor duque, grande en chica, hubiese leído atentamente los Evangelios—podía hacerlo en una edición anotada—habría visto que no fué el populacho el que preparó y decretó la condena del Cristo, sino que fueron los «grandes», los duques—o sea guías—del pueblo judío de entonces. En los versículos 49 al 55 del capítulo XI del Evangelio de San Juan vería que fueron los pontífices

y los fariseos, el clero y la nobleza, los que acordaron que muriera el Cristo, y por antipatriota. «Ni pensáis—decía Caifás—que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación se pierda.» Es decir, por razón de Estado.

A esto podrán replicarnos, alborozados, los que se ha dado en llamar impunistas que estamos haciendo su causa, que los pontífices y fariseos y saduceos—éstos son los más—del Senado han entregado a Berenguer, por razón de Estado, para que no se pierda toda la nación, y lo han entregado al furor del populacho. Pero el caso no es el mismo. Ni hay que olvidar a Barrabás. «Y Barrabás era ladrón.» (Juan, XVIII, 40.)

El señor duque se acuerda de aquel juez «de execrable memoria» que se llamó Pilatos. Pero, aparte de que Pilatos no era propiamente juez, sino más bien una especie de gobernador militar del imperio romano, el señor duque se olvida del papel de Herodes, rey de Judea entonces, y de lo que hizo con el Cristo. Se olvida de cuando Pilatos entregó el reo a Herodes. Y Herodes, «viendo a Jesús, holgóse mucho, porque hacía mucho que le deseaba verle, porque había oído de él muchas cosas y tenía esperanza de verle hacer alguna señal, y le preguntaba con muchas palabras, mas él nada le respondió... Mas Herodes con su corte le menospreció y escarneció, vistiéndole de una ropa rica y volvióle a enviar a Pilatos. Y se hicieron amigos entre sí Pilatos y Herodes en el mismo día, porque antes eran enemigos entre sí» (Lucas, XXIII, 8-12).

Hemos observado en ciertos pontífices y fariseos, grandes en chica algunos de ellos, a cargar toda la execración contra Pilatos, el jefe del pretorio, y a no tomar en cuenta a Herodes, sin duda estimándole irresponsable, y a no fijarse que Herodes y Pilatos, antes enemigos, se amistarón—salvo volver a enemistarse luego—cuando sus intereses coincidieron.

Pilatos quiso soltar al reo por no encontrar en él culpa alguna; pero fué Herodes, fueron los herodianos—no los pretorianos de Pilatos—los que habían acordado que por razón de Estado—de reino de Judea—se perdiese el reo; fueron ellos los que azuzaron al populacho que pedía crucifixión. Fueron los grandes del

reino de Judea los que entregaron al acusado para salvar, no la nación, sino el reino de Herodes; para evitar que destronaran a éste los romanos y acabasen así con sus privilegios.

No fué Pilatos, sino que fué Herodes el que después de haber recibido con gusto al divino agitador—era aquel rey de Judea un deportista y frívolo más de la cuenta—, le entregó al furor de la plebe. Y es que Herodes era un hombre de Estado, uno de los precursores de los modelos de Maquiavelo. Fué Herodes el que por razón de Estado hizo que Pilatos entregara al Cristo a la plebe. Y fué Pilatos el que hizo ponerle sobre la cruz: «Rey de los judíos.» De lo que los grandes protestaron.

No, no; no hay que ensañarse así con el jefe del pretorio. El papel execrable, el más execrable, fué el que jugó el rey de Judea, Herodes, el deportista, que quiso matar su aburrimiento con el Cristo, como antes había querido matarlo con Juan el Bautista. Pilatos se lavó las manos; Herodes no se las lavó.

Otro día hablaremos de la irresponsabilidad.

Miguel DE UNAMUNO

